

TRADICIONES PATRIAS

ESTA PUBLICACIÓN SALE
los días 1, 10 y 20 de cada mes

16 páginas de folletín
de la obra:

Victorias carlistas

y 32 de

Florángel (2.^a parte)

Regalos a los suscriptores

Un año. . . 8 pesetas

(Pago adelantado)

ADMINISTRACIÓN:
Biblioteca Tradicionalista

Aragón, 252

BARCELONA

Barcelona 20 Julio 1913

Cuaderno 21.—20 Cts.

PASATIEMPOS

El primer paso

I

A la orilla de la playa
que besan del mar las ondas,
donde en espuma deshechas
se ven las más orgullosas,
y al fondo del mar se vuelven
perdida su fuerza toda,
porque al llegar a la orilla,
apenas su arena mojan,
todo su furor desmaya
y allí su impotencia lloran;
...dos niños sin experiencia,
nacidos en pobre choza,
juegan con una barquilla
que, atada a una cuerda, flota
mecida por el continuo
movimiento de las olas.
Los niños al ver su barca
ríen y saltan y gozan,
y son los dos muy dichosos
viéndola mecerse airosa.
De pronto la barca se hunde,
y algunas olas furiosas,
rompiendo en bullente espuma,
rodear a los niños logran.
Huyen éstos asustados;
y cuando la vista tornan
buscando la débil barca,
encuentran la cuerda rota,
y la barca, mar adentro,
que, juguete de las ondas,
si una a la playa la acerca,
otra más lejos la arroja.
—¿Qué haremos?—dicen los niños;
—va a estrellarse en esa roca.
—Yo entro a buscarla; ¿me sigues?
—No me atrevo; ¿y si te ahogas?
—No tengas miedo, las aguas
lo acercarán... Ven... ahora.
Y aquellos niños, ansiosos
de poder salvar su obra,
entran en el mar... y el barco
cada vez más lejos flotó.
Mas no se paran; desean
recobrarlo a toda costa;
las aguas de vez en cuando
la distancia les acortan,
y por lograr el vehemente
deseo que les acosa,
mar adentro tras la barca
van marchando sin zozobra,
porque al que da *el primer paso*
nada detenerle logra.

Ya el agua cubre sus hombros;
más lejos la barca asoma;
quieren volver y no pueden;
lanzan voces angustiosas,
y se pierden sus gemidos
como la barca en las ondas.

II

También en la vida hay mares
de bellas brillantes olas;
si en esos mares un día
el hombre su planta posa,
mar adentro va arrastrado
tras los placeres que ignora,
y que esos mares le ofrecen
cada día, a todas horas.
La virtud está en la orilla;
y contra esa playa chocan
las ondas más halagüeñas
y las más fascinadoras,
porque al llegar a esa playa,
apenas su arena mojan,
las ondas del vicio mueren
cuando su impotencia tocan.
...Pero el que da *el primer paso*
y esas playas abandona,
tarde será cuando quiera
lanzar voces angustiosas,
que en el mar de los placeres,
siguiendo su marcha loca,
se perderán sus gemidos
como la barca en las ondas.

R. S.

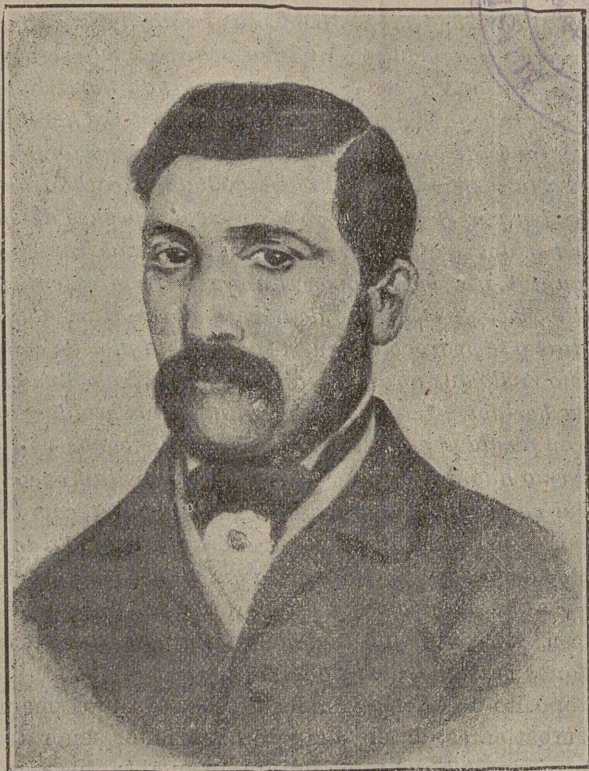
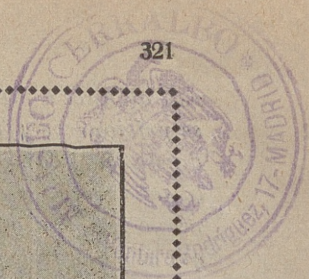
Anécdota

En el siglo anterior había en Holanda una costumbre singular, que era, sin duda, una reminiscencia de las leyes egipcias o atenienses. Cuando se encontraba mendigando a un hombre fuerte y en estado de trabajar, se le cogía y se le hacía bajar a un pozo, y sobre él se abría un caño de agua. En el fondo del pozo había una bomba destinada a desaguar el pozo. Si el holgazán no movía la bomba, se ahogaba sin remedio. Claro es que todos se aplicaban a trabajar en la bomba. Después de un par de horas se le sacaba del pozo un poco maduro ya, y se le despedía, encareciéndole la conveniencia para él de aprovechar tan saludable lección, y es fama que ninguno dejaba de corregirse.

Registado. Año 1957

CARLISTAS

321



Sr. D. Ramón Morales
Coronel Carlista

Existen sobre estos sucesos de tan dolorosa recordación comunicaciones oficiales que se insertarán más adelante, y también los veo consignados en algunos boletines y diarios carlistas. He aquí sus literales palabras: *El flanco derecho de Pardiñas rechazó a los batallones de Mora de algunas posiciones. Durante la retirada cargaban los caballos enemigos y die-*

1017

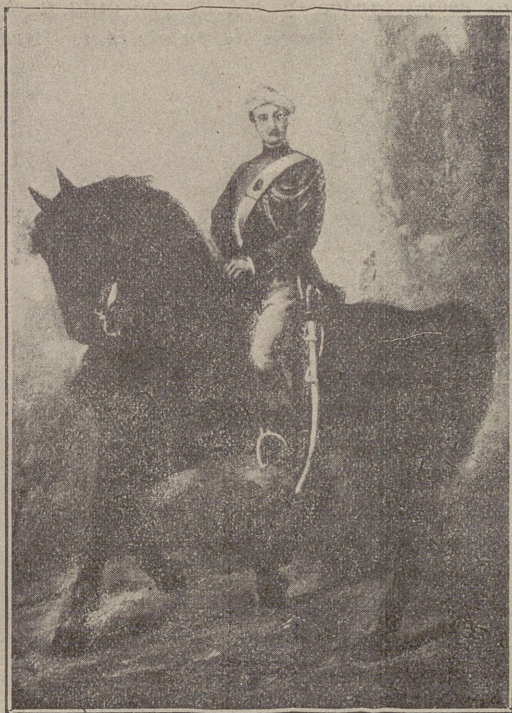
R. 1830

ron alcance a muchos voluntarios, que se rindieron creyéndose prisioneros y fueron muertos a lanzadas: otros, heridos, quedaron en el campo, no pudiendo sus camaradas salvarlos, y la caballería los acuchilló a nuestra vista. Este proceder inhumano nos indignó a todos, máxime cuando nuestro general, que atacaba la izquierda enemiga, daba cuartel y hacía prisioneros. Después de la batalla hubo varias reclamaciones que trajeron a la memoria que el enemigo había tratado de imponernos la ley por el terror con los recientes hechos de quemar nuestros heridos en los hospitales, y matanzas cometidas en varios puntos, y como nosotros, aunque inferiores en número, nos hallábamos ya en estado de hacernos respetar, adoptamos represalias y se provocó la muerte de los soldados de caballería del mismo modo que estos habían exterminado a nuestros voluntarios heridos y rendidos. En cuanto a los heridos de Maella, fueron pasados por las armas, haciendo conocer al enemigo, que si no adoptaba otra conducta nosotros tampoco; y obligándole a variar de plan y regularizar la guerra, como se consiguió pocos meses después. Nosotros éramos dueños de las vidas de más de tres mil prisioneros, a quienes se les conservaron; y aun que se hubiera fusilado a todos, ningún cargo se nos podía hacer, no existiendo tratado alguno, como no existía, y haciéndonos mutuamente la guerra a muerte.»

A propósito de estos sensibles actos realizados por unos y otros combatientes, da el ya citado historiador señor de Piralá, en la página 97 del tomo quinto de su obra, los siguientes detalles: «En el campo de batalla aún, envió Cabrera un ayudante, mandando a don Cristóbal Espinosa que matara a los bastantes soldados de Caballería del Rey que había reunido, que serían unos cincuenta, y contestó que no tenía lanza después de la acción.»

El Comandante Espinosa fué enviado a Chelva donde vivió obscurecido.....»

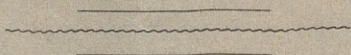
En la *Historia de Cabrera y de la guerra civil en Aragón, Valencia y Murcia*, escrita por D. Dámaso Calbo y Rochina (página 381), se lee: «El General Pardiñas imita el arrojo de Cabrera, pero si con igual valentía con menos fortuna, pues



Oficial de caballería carlista de Aragón

en vano acomete con su Estado Mayor que, envuelto y desordenado por las repetidas cargas de todos los jinetes carlistas, cede por último, y se pronuncia en dispersión. Solo y abandonado, el malgrado general de la tercera División del Ejército del Centro, aun se resiste, aun hace morder la tierra a cuantos se acercan para apoderarse de su persona; muerto su caballo se ve obligado a continuar a pie un combate desigual; sin embargo, se apoya en un árbol y con una carabina con-

tinúa haciendo fuego sin rendirse. Cabrera, al ver tanto heroísmo y tan desgraciado valor, intenta respetar la vida de su contrario, mas es ya tarde, su voz no fué oída y el golpe de muerte habia partido en busca de su victima. Pardiñas cesó de existir.»





XXX

Manlleu

(1.º de Mayo de 1839)

*Victoria obtenida por el General Conde de España sobre el
General isabelino D. Jaime Carbó.*

A fines del año 1832 la Reina Doña María Cristina de Borbón, que por enfermedad de Fernando VII gobernaba ya por entonces, relevó de la Capitanía General de Cataluña al General Conde de España, quien emigró a Francia, e influido por varios soberanos europeos se decidió a ponerse al frente de los carlistas catalanes.

Dirigióse, al efecto, al Principado; pero cayó en poder de un destacamento francés en la frontera, y fué encerrado en la ciudadela de Lille, en la que, careciendo hasta de lo más necesario, le sirvió de prisión un miserable cuartucho, vigilado de día y de noche por gendarmes.

Cerca de tres años estuvo así, preso, el General Conde de España; por fin consiguió evadirse en Junio de 1838, y el día 4 del siguiente Julio hizo su entrada en la plaza carlista de Berga, en medio de una ovación indescriptible con que le



Excmo. Sr. Conde de España

General en Jefe del Ejército carlista de Cataluña

acogieron los carlistas catalanes, llenos de júbilo y rebosando de las más halagüeñas esperanzas; hubo a su llegada salvas de artillería, volteos de campanas, parada de las tropas, desfile de las mismas en columna de honor, aclamaciones del pueblo, vivas de los militares, colgaduras e iluminaciones, solemnes funciones de iglesia, bailes populares, en fin, todo cuanto puede improvisar la fiebre del entusiasmo. ¡Quién había de decir por aquel tiempo a un general tan insigne como lo fué el Conde de España, tan respetado, tan querido y

por todos tan festejado, que al año siguiente, y a pesar de lo acrisolado de su lealtad a Carlos V y su indomable adhesión a los principios religioso-políticos por él representados, había de concluir su brillante historia militar traidora y bárbaramente asesinado por hombres que se apellidaron carlistas, que en su mismo campo militaban!

Investido del mando superior de las tropas carlistas de Cataluña y de la presidencia de la Junta gubernativa del Principado (con gran júbilo de la generalidad de los carlistas catalanes, que veían en él un salvador) debióse, sin duda, al anciano e ilustre General Conde de España la formación del Ejército carlista de Cataluña, el cual poco tiempo después se halló convertido ya en modelo de disciplina y de subordinación: con castigos ejemplares y premios acertadamente conferidos se impuso a propios y extraños. Las tropas recibieron uniformes y víveres, descendiendo hasta los más pequeños detalles su ilustre caudillo, quien organizó las fuerzas de su digno mando en tres cuerpos de operaciones y una división de reserva.

El primero, mandado por el Brigadier Porredon, se componía de cuatro batallones, uno de los cuales se encontraba afecto al cuartel General del Conde de España, y con los otros tres recorría su inmediato jefe las fronteras del alto Aragón. El segundo Cuerpo de operaciones, mandado por el Brigadier Castells, constaba de cinco batallones, uno de los cuales se encontraba afecto al Cuartel General del Conde de España, otros dos batallones guarnecían la plaza de Berga, y los restantes operaban en la alta montaña. El tercer cuerpo de operaciones, a las órdenes del Brigadier Ibáñez (*Llarch de Copons*), se componía de seis batallones que ocupaban ordinariamente las llanuras de la provincia de Tarragona, la más fértil de Cataluña. La división de reserva, compuesta de seis batallones, y mandada por el Brigadier Brujó, operaba por la parte de Berga, Vich y Gerona, y estaba encargada de efectuar los reclutamientos.

El total de la infantería carlista catalana ascendía a veintitún batallones. La artillería carlista era escasa; aparte de las piezas que guarnecían a Berga, San Lorenzo y el fuerte del



Excmo. Sr. Barón de Meer

General en Jefe del Ejército Isabelino de Cataluña

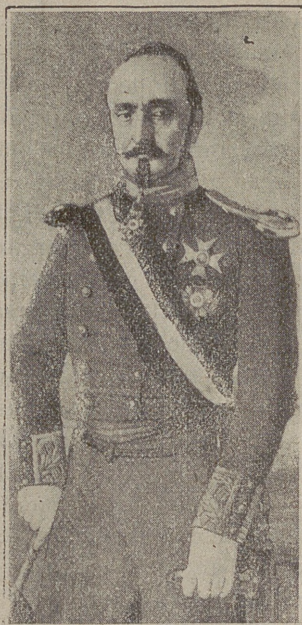
Santuario de Hort, no había más que ocho cañones, dos morteros de a siete pulgadas, cuatro obuses de a cuatro y dos de bronce. Aquella artillería, desmontada por piezas, se transportaba en mulos al través de las montañas. Dos compañías mandadas por el Coronel López Aguado servían las piezas, y en uno de los lugares más abruptos de las sierras se estableció una fundición de cañones que se barrenaban en Berga. El Cuerpo de Ingenieros contaba con dos compañías de zapadores. La caballería disponía de doscientos caballos; estaba mandada por el Coronel Camps; más tarde el General Conde

de Morella envió al General Conde de España dos escuadrones de su brillante regimiento de lanceros de Tortosa, mandados por el Coronel Beltrán.

Dados los elementos armados del carlismo catalán, fácilmente se reconocerá lo difícil que era luchar con tan escasos medios contra las superiores fuerzas liberales y contra las decepciones que, a veces, inutilizaban los planes mejor combinados. Merece, pues, admiración aquel General Conde de España, ya anciano, que en tan desfavorables circunstancias se arriesgó en la difícil empresa de reorganizar y conducir a la victoria las fuerzas carlistas del Principado.

El día 4 de Noviembre de 1838, aniversario del nacimiento de Carlos V y su fiesta onomástica, fué el fijado por el ilustre General en Jefe de los carlistas catalanes para emprender las operaciones, una vez reorganizadas sus huestes y encauzado el gobierno y administración del territorio dominado por las armas carlistas en el Principado. Habiendo recibido algunos días antes la noticia del matrimonio de Carlos V con la Princesa de Beyra, celebróse un *Te Deum* por orden del Conde de España, revistó éste, en gran parada de honor, cuantas tropas carlistas había por Berga y Caserras, aprovechó aquel acontecimiento para poner en libertad a todos los prisioneros liberales que tenía encerrados en dichas poblaciones, y fué tal el entusiasmo que el prestigio de aquel bizarro y entendido General despertó hasta entre sus propios enemigos, que empezaron a pasarse a las filas carlistas muchos militares isabelinos, algunos de ellos pertenecientes a destacamentos en los que desde el oficial hasta el último soldado se pusieron todos la boina.

Empezó el General Conde de España sus operaciones dirigiéndose al valle de Andorra; en Orgañá recibió a una Diputación de aquella república cuyo síndico procuró disculpar las tendencias liberales que los suyos habían mostrado en muchas ocasiones, a pesar de la neutralidad a que estaban obligados. La confirmación de los privilegios del Obispo de Urgel como señor de Andorra la hizo en nombre de Carlos V el General Conde de España, quien amenazó a los andorranos con aniquilarles el valle y exigirles una fuerte contribu-



Excmo. Sr. D. Ignacio Brujó
General Carlista

ción si volvían a faltar a la neutralidad debida. Por la tarde de aquel mismo día se le presentaron los alcaldes de toda aquella montaña catalana a demostrar sus simpatías por Carlos V y a pedir al General Conde de España que en su nombre les confirmase en sus antiguos privilegios. Recibiólos de la manera más afable, conversó largamente con ellos en catalán, y aumentáronse el respeto, la admiración y las simpatías que aquel insigne militar sabía despertar por todas partes entre los hombres de bien.

Siéndonos imposible historiar en estas páginas las operaciones militares realizadas por el General Conde de España,

procuraremos resumirlas diciendo que fué vencido por el General Barón de Meer cerca de Biosca y en los combates de Balsareny y de Estany; pero que, en cambio, logró vencer a los isabelinos en las acciones de Cardona, de Rialp, de San Pedro de Padullers, de Baquerisas, de Santa Coloma y de Manlleu, y que entró por asalto en las poblaciones fortificadas de Viella, Pons, Manlleu, Ripoll, Sarreal, Moyá, Villanueva y Castelltersol, cogiendo en ellas ocho cañones, más de dos mil prisioneros y gran cantidad de fusiles, caballos y municiones de boca y guerra, logrando que el carlismo de Cataluña llegase, bajo su digno y acertado mando, al apogeo de su poderío, que el Gobierno de Madrid quitase el mando de su ejército de Cataluña al bizarro General Barón de Meer, substituyéndole con el afamado General Conde de Villarín en el verano de 1839, por cuya época llegaron a creer las tropas carlistas catalanas que no podrían ser ya vencidas más que ocupando militarmente todo el país los isabelinos, si bien hay que reconocer que el insigne General Conde de España, que, como organizador, podía rivalizar muy bien con el gran Zumalacárregui, no llegó en la dirección de sus operaciones militares a sacar todo el fruto que de sus muchos y brillantes hechos de armas y de sus relevantes dotes guerreras habría podido esperarse. Tal vez debiérase ello a la íntima convicción que abrigaba de que la Causa carlista hallábase ya herida de muerte (en lo concerniente a su acción en los campos de batalla), sobre todo desde que tuvo lugar el Convenio de Vergara, y si ello se considera desde el punto de vista exclusivamente militar, justo es reconocer que aquel juicio no podía resultar muy desacertado.

Poco después fué asesinado el General Conde de España, sncediéndole en el mando de los carlistas catalanes el General D. José Segarra, quien trató de celebrar en Cataluña un convenio parecido al que ya se había pactado en Vergara, y acabó por pasarse a las filas liberales dirigiendo desde Vich un manifiesto a los carlistas, excitándoles a pasarse, como él, al ejército isabelino: el carlismo catalán, que con el Conde de España había llegado al zenit de su poder, fué declinando, a pesar de los esfuerzos que para sostenerlo hizo el General



Sr. D. José Galcerán

Jefe de Estado Mayor del General Conde de España

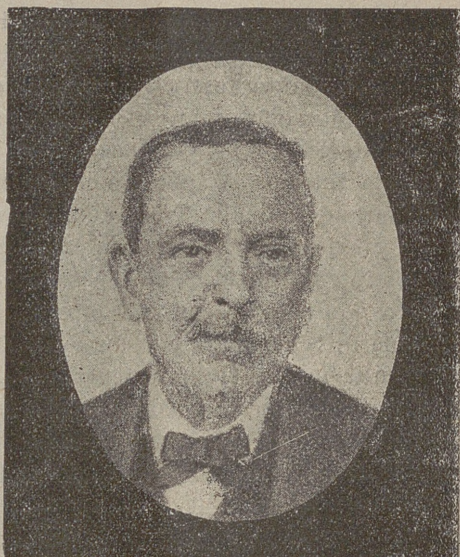
Conde de Morella, y al emigrar algunos meses después el caudillo tortosino pudo ya darse por concluída la primera guerra carlista.

Considerando la victoria de Manlleu como la más importante de las obtenidas por las armas carlistas, en aquella

época, ya que fatales consecuencias tuvo para los isabelinos, procuraremos ahora describirla.

Sitiaban a fines de Abril del año 1839 los carlistas del General Conde de España a Manlleu, importante villa de la provincia de Barcelona, punto interesante desde el punto de vista militar por su situación sobre el Ter, cuya población tenía un recinto exterior, débil y extenso, y un fuerte o segundo recinto en lo interior. Atacáronlo el día 28 de Abril los carlistas, disparando aquella tarde unas doscientas cincuenta granadas y balas de artillería con cañones y obuses de a lomo. Luego intentaron el asalto; pero fueron rechazados por los sitiados, quienes se condujeron con un heroísmo digno de mejor suerte. Sin embargo, comprendiendo que al fin y al cabo les resultaría imposible sostener toda la dilatada extensión de su primera línea, acordaron retirarse al segundo recinto, mucho más reducido, pero bastante más fuerte. Mas de seiscientas personas, de todos sexos y edades, guareciéronse también en el fuerte. Todo el día 29 continuaron los carlistas hostilizándolo; pero se defendió con vigor y constancia a pesar de haber sido herido su Gobernador don Clemente Armengol; y el Mariscal de Campo D. Jaime Carbó acometió la empresa de acudir en su auxilio tan luego como recibió en Olot la primera noticia del sitio de Manlleu. Al efecto reunió todas las tropas que componían la división de su mando, y con marchas bien dirigidas, atravesando las formidables posiciones del Grau de Olot, llegó a las doce del día primero de Mayo a Roda, distante media hora de Manlleu. Mientras descansaban sus fuerzas salió el General Carbó de Roda aquella misma tarde con objeto de practicar un reconocimiento, y aprovechar cualquiera circunstancia o momento favorable para lograr su intento de obligar a retirarse a los carlistas, quienes el día anterior se habían retirado a una hora de distancia del fuerte que asediaban, continuando sus preparativos para estrecharlo más.

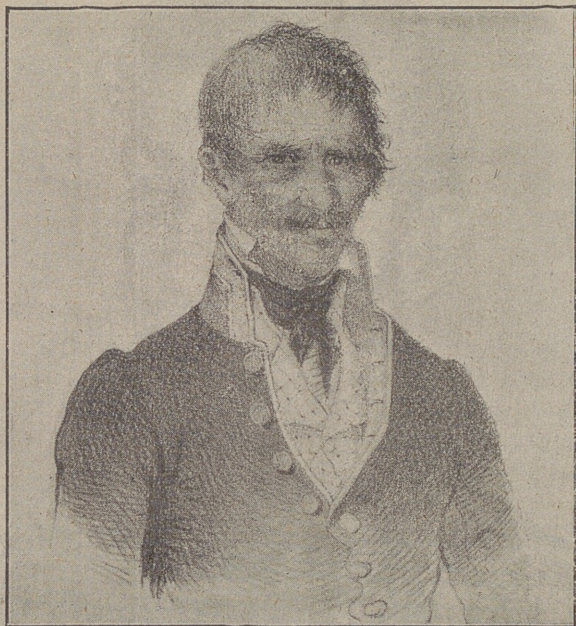
Quando el General Carbó dió vista a Manlleu ardían allí varios edificios; para salvar a los defensores del fuerte y a las familias que en él se habían guarecido, propúsose impedir a los carlistas su llegada a Manlleu, hacia donde les vió



Excmo. Sr. D. Matías de Vall
Brigadier Carlista

dirigirse con escalas para dar el asalto. Tomó sus primeras disposiciones, persiguiéndoles con las tropas de la vanguardia; pero ésta se vió bien pronto obligada a replegarse, forzada a ello por la vigorosa acometida con que les recibieron los carlistas desde el principio del combate.

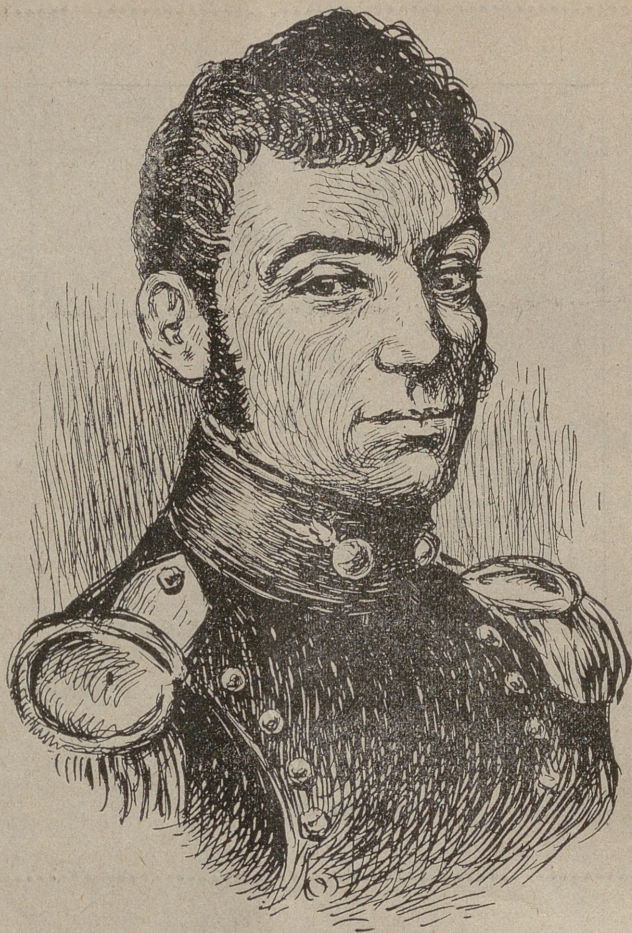
Entonces dispuso acertadamente el General Carbó que un escuadrón del regimiento 7.º de Ligeros y dos secciones de Cazadores de Montaña cargasen a la caballería carlista, la cual se había adelantado persiguiendo a la vanguardia de la División isabelina. Aquella operación habría podido dar un resultado ventajoso y decisivo; pero los carlistas esperaron serenos y tranquilos la carga, y tomando enérgica y decididamente la ofensiva cuando tuvieron ya cerca a los libera-



Excmo. Sr. D. José Miralles

Brigadier Carlista

les, obligaron a éstos a ponerse en vergonzosa y desordenada huída, a pesar de los esfuerzos del General Carbó, quien, para animar a sus soldados, se colocó a tiro de pistola de sus enemigos. Al retirarse la caballería liberal atropelló al regimiento de infantería de Zamora, produciéndose con ello bastante desorden en las tropas del General isabelino, quien, abandonado por aquella parte de su caballería, solo entre las lanzas carlistas, corrió los más inminentes riesgos, y tuvo al fin que retirarse a las inmediaciones de Roda donde se apres-



Sr. D. Fernando López Aguado

Comandante general de la Artillería carlista de Cataluña

taron a defenderse de los carlistas; pero como éstos habían conseguido ya su objeto, que era impedir que el General Carbó socorriese a Manlleu, le dejaron tranquilo, ocupándose, en cambio, en coger a los prisioneros, el armamento y demás pertrechos de guerra que les proporcionó la toma de Manlleu. Las pérdidas del General Carbó fueron dos cañones

Miró la menina con curiosidad aquella joya, que era una gruesa cadena de oro cerrada con una cornalina de color rojo obscuro, en la cual había grabado un talismán. No la era aquel adorno enteramente desconocido: estaba segura de haber visto a alguien un brazaletes igual; pero no podía recordar a quién. Mientras que lo examinaba, prosiguió la emperatriz:

—Sentáos en seguida a la mesa, escribid al príncipe W... de mi parte: *de mi parte*, ¿entendeis? Unid la súplica a la carta, y decid que deseo se conceda la petición que contiene, y que le ruego enviarme la respuesta *favorable*, mañana lo más tarde. Cuando se reciba, la enviaréis sin tardanza a esa joven en mi nombre. Vive en la casa de la princesa Catalina Lamianoff, en el muelle principal.

—¿De la princesa Catalina?—preguntó Vera estremeciéndose.

De nuevo miró Vera el brazaletes, porque aquel nombre acababa de fijar el vago recuerdo que hacía un momento había surgido en su mente: a ella, a la princesa Catalina era a quien había visto aquella pulsera.

—Vera, ¿en qué pensáis?—dijo la emperatriz.

—En nada, señora; perdonadme.

—Pronto, escribid lo que os he dicho, y hacedlo llevar todo sin tardanza.

Obedeció la joven sin replicar. Tomó la solicitud, y se acercó a una mesa colocada en el hueco de una ventana, en la cual un enrejado de oro cubierto de enredaderas formaba una verdadera pantalla, y cuando estuvo sentada de suerte que no podía ser vista, antes de empezar a escribir la carta que la habían dictado, desplegó el memorial y lo recorrió rápidamente con la vista. Aquella mirada bastó para justificar la sospecha que acababa de concebir. Una palidez mortal se extendió por su rostro; sus facciones, tan serenas ordinariamente, se descompusieron a impulso de una violenta explosión de odio y enojo. Estrujó el papel y se quedó inmóvil en la silla, sin acción, sin movimiento, sin ideas, sin pensar siquiera en lo que tenía que hacer, ni en donde estaba.

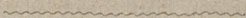
Recobróse al fin, e hizo un violento esfuerzo para coordinar

sus ideas. Pasaban los instantes, y la emperatriz podría notar que tardaba en obedecerla. Tomó una pluma; mas apenas había trazado algunas palabras con mano temblorosa, cuando se oyó en el patio un ruido desusado a aquella hora; el tambor batía marcha, y la guardia se ponía sobre las armas. Levantóse Vera sorprendida y miró por la ventana; era el emperador que llegaba en su trineo, solo y sin escolta, según acostumbraba, aun cuando no era esta la hora a que solía venir. Momentos después se abrieron las puertas del salón, que para Vera era la señal de despejar. Rompió la carta, guardó el memorial en su bolsillo, y en el momento en que la emperatriz se adelantaba a recibir a su esposo, la menina desaparecía por la puercecilla que daba a su habitación, contigua a la de su soberana.

Una hora transcurrió sin saber cómo. Había sabido encerrar en su corazón, ocultar y hasta disfrazar a los ojos de todos la vehemencia de un sentimiento que el despecho había combatido débilmente, y se había considerado segura de vencer todos los obstáculos. ¿Y qué obstáculos eran esos? Jorge, el esposo prometido a ella desde su infancia, ¿no había manifestado bien claramente el afecto que la profesaba? ¿No parecía desear tanto como ella la realización del porvenir preparado para ellos desde la cuna? Es verdad que después había pasado una nube sobre aquel risueño horizonte, y cuando volvió a ver a Jorge, ya no era el mismo... ¿por qué? había procurado inquirirlo; mas lo único que pudo averiguar fué que una joven, una obscura criada de su madre le había fascinado un instante; entonces oyó murmurar el nombre de *Gabriela*, pero la altiva Vera no se inquietaba por tan poca cosa. El porvenir era suyo y le esperaba sin temor, cuando la noticia del crimen y del infortunio de Jorge cayó sobre ella como un rayo y la hizo comprender al propio tiempo por la vivacidad de su dolor el profundo cariño que le profesaba. Desde entonces sólo tuvo un pensamiento: ablandar al emperador, obtener el perdón de Jorge, atraerle hacia ella; y su primer fracaso no había quitado la esperanza de conseguirlo. Empero, mientras que su influencia, su pasión y sus esfuerzos permanecían todavía sin resultado, otra—y Vera, a pesar de su orgullo, no era tan vanidosa ni tan tonta, que no reconociera los terribles encantos contra los cuales tenía que

luchar—otra mujer, joven, tan hermosa o más que ella, eclipsaba en un instante con un acto heroico todo lo que su abnegación había soñado, y traspasaba los límites que ella jamás se hubiera atrevido a saltar. ¿Cómo dudar de los sentimientos de Jorge, cuando la que acababa de ver se le apareciera en la prisión? ¿Cómo luchar? ¿qué hacer? Además, ¿quién era aquella mujer que súbitamente se atravesaba en su camino? ¿esa mujer que tenía el rostro de un ángel, y a quien ella aborrecía como a un demonio? De repente atravesó su mente una idea como un rayo de luz. ¿Sería esa Gabriela? Mas antes de que pudiera detenerse en este pensamiento y calmar la agitación que la producía, el sonido de la campanilla interrumpió aquella agitada meditación. Levantóse con cierta sorpresa, pues no había oído todavía la señal de partir el emperador, y era raro que admitieran en su presencia una tercera persona, pero aquella incertidumbre sólo duró un momento, pues se oyó la campanilla agitada nuevamente con más celeridad. Vera se apresuró entonces a acudir, y mientras que al ver al soberano se detenía a la puerta con cierta indecisión, inclinándose profundamente, la emperatriz la decía con una mezcla de bondad y de impaciencia:

—Vamos, Vera; el emperador quiere hablaros, y es a él a quién hacéis esperar.



VIII

Mientras que esto pasaba en el palacio, el marqués Adalardi se dirigía a la fortaleza pensando por el camino lo que sería oportuno decir a Jorge en las circunstancias actuales, y después de reflexionar maduramente resolvió no anunciarle la llegada de Florángel antes de conocer el resultado de su entrevista con la emperatriz, pues no sólo no quería atormentarle su amigo con vanas esperanzas, sino también evitarle nuevos desengaños, cuanto más que esto sólo era dilatar un poco la noticia, porque verificándose aquel día la audiencia, podría el siguiente hablar con conocimiento de causa. Uníase también a este pensamiento cierta aprensión al reflexionar las circunstancias especiales en que su amigo se hallaba. Ahora que su suerte estaba decidida, ahora que la emoción mantenida por la tramitación del proceso había concluído, ahora que había llegado la hora de la resignación, ¿en qué disposición estaba Jorge? Aquel joven, con su carácter impetuoso y temerario, tan susceptible como rebelde a todo yugo, y tan amante de todas las comodidades, ¿cómo soportaría el horror de su nueva situación? ¡él, que en todo lo que era objeto de sus estudios, de sus pasiones o de sus inclinaciones, jamás había tenido otro fin que gozar! Gozar con su inteligencia, con su imaginación, con su corazón, había sido el único móvil hasta de sus mejores acciones; y aun en los peligrosos azares que le habían llevado a su perdición, había buscado más bien la satisfacción de una sed de emociones nuevas y desconocidas, que la realización de un sueño, aunque quimérico, generoso. El, para quien las palabras deber, sacrificio, violencia, carecían de sentido, ¿qué actitud toma-

ría hoy en presencia, no ya del peligro, sino de la desgracia en todo su terrible esplendor?

Hacíase el marqués estas preguntas con cierta inquietud, fundada quizá en la semejanza que existía entre su carácter y el de su amigo. Ambos eran hombres de mundo: uno más refinado, más distinguido, más seductor; otro más fino, más penetrante, más juicioso. Ambos generosos y nobles, y aparte de los extravíos políticos que les habían arrastrado, incapaces de una acción baja e indigna de su sangre hidalga.

Jorge no estaba encerrado en un calabozo, sino en una estrecha habitación, que recibía la luz por una ventana alta y con reja, sin otros muebles que su cama, una mesa y dos sillas de paja. En sus precedentes visitas, el marqués había encontrado a su amigo triste, pero siempre sereno e intrépido, y despreciando el peligro, por decirlo así. Hasta ahora, aunque pálido y enflaquecido, sus facciones conservaban siempre su carácter noble y altivo, y el desorden de sus cabellos y de sus vestidos en nada perjudicaba al aspecto aristocrático que, en la verdadera acepción de la palabra, caracterizaba toda su persona; mas hoy no sucedía lo mismo, pues desde su última entrevista parecía haber pasado una larga enfermedad, o un crecido número de años.

Sentado junto a la mesa en actitud de sombrío abatimiento, apenas levantó la cabeza al acercarse su amigo, quien, después de estrecharle la mano, quedóse algunos instantes demasiado conmovido para romper el primero aquel lúgubre silencio. Jorge esperó a que se alejasen los pasos del carcelero, y dijo a su interlocutor con acento alterado:

—Por fin habéis venido, Adelardi. Me extrañaba no veros desde que... desde que todo está ya decidido.

—No he podido obtener más pronto el permiso para entrar: en cambio, ahora me le han concedido para todos los días, hasta que...

—Sí,—interrumpió Jorge con amarga sonrisa,—hasta que deje las delicias de este sitio para las que me esperan fuera de él. Adelardi,—prosiguió cambiando de tono y levantándose de pronto:—¿Es posible que un amigo como vos haya venido hoy a verme con las manos vacías? ¿Es posible que no

hayáis adivinado lo que necesitaba, y que estéis aquí sin haber traído un medio de librarme de esta suerte, y de darme la muerte que tienen la bárbara crueldad de negarme? Responded, Adelardi,—continuó con ímpetu, después de pasear en silencio dos o tres veces por su estrecha celda;—¿por qué no me habéis hecho ese incalculable favor? Si vos os hallaseis en mi lugar, le hubierais esperado de mí, y os aseguro que no lo hubierais esperado en vano.

—Bien sabéis, Jorge, que lo que me pedís es imposible...

—Tenéis razón; lo olvidaba. Se toman precauciones para impedir a las víctimas tomar fuera de estos muros otro camino que el que sus verdugos les han preparado; pero no cuentan con todos los recursos de la desesperación, y cuando un hombre quiere morir, no tienen ellos bastante habilidad para impedirselo, ni para obligarle a aceptar la odiosa vida que pretenden imponerle.

Adelardi le dejó exhalar largo rato sin interrumpirle las lúgubres palabras que pugnaban por salir de su imaginación y de sus labios, y por último le dijo con firmeza:

—Jorge, hasta hoy os he visto sereno y enérgico; mas en este momento os oigo palabras indignas de vuestro valor.

Un ligero rubor coloreó la frente del preso, que volvió a sentarse en la silla que había dejado, diciendo:

—Tenéis razón, amigo mío, convengo en ello: no soy ya el que era, y efectivamente debo sorprenderos, pues no me conozco yo mismo.—Y después de reflexionar unos momentos prosiguió:—¡Es extraño! porque la verdad es, Adelardi, que si digo que hasta ahora el temor me ha sido desconocido, que el peligro y la muerte jamás me han hecho retroceder; si, en fin, digo que tenía valor, no es atribuirme un mérito extraordinario, pues que todo hombre lo posee más o menos. Sí; si alguna virtud me ha cabido en suerte, me parece que es esa. ¿Por qué, pues, soy débil ahora?... ¡Valor!—repitió después de un breve silencio.—¿Es cierto? ¿Es esto? ¿Tenía realmente valor, o no era más que arrojo? Me parece que el valor es otra cosa. ¿En qué está la diferencia?

—No lo sé,—dijo el marqués, pensativo;—pero la hay seguramente.

Y satisfecho de ver calmarse un tanto el violento estado en que había hallado a su amigo, continuó la conversación sobre el asunto a que la había traído Jorge, pues en ello veía al mismo tiempo un medio de tocar indirectamente un punto que no se atrevía a abordar de plano; así, prosiguió:

—Sí; valor y arrojo no son lo mismo, y la prueba es que las mujeres más tímidas saben en ciertas ocasiones ser tan valerosas o más que nosotros.

—Es verdad.

—Más de un compañero vuestro de infortunio,—dijo Adelardi mirándole atentamente,—recibe hoy una prueba de ese valor de un modo señalado.

—¿Cómo?

—¿No sabéis que sus mujeres, sin vacilar, sin temor, han pedido y obtenido el favor de compartir su suerte? Algunas les acompañarán hasta salir de Rusia, otras les seguirán a la Siberia.

—¿Y sus maridos aceptan ese sacrificio?

—Los que inspiran esos actos de abnegación, saben generalmente comprenderlos y aceptarlos. Sí, uno de ellos, ayer mismo, hablando con un amigo que había ido a verle, como yo a vos, le decía: «Ahora todo lo acepto, y sufriré mi pena sin quejarme, pues no me veré separado de ella. Me han evitado el único dolor intolerable en la vida, y no sólo no murmuro, sino que hasta doy gracias al emperador.» Hay que advertir que acaba de casarse con esa mujer a quien adora.

—¡El único dolor!—repitió Jorge.—¡El único! Franca-mente no puedo comprenderlo. Amar a una mujer hasta el extremo de que su presencia suavice una suerte como la que nos espera, hasta el punto de decir que no verla es más des-gracia que nuestra sentencia, es una cosa que no comprendo, lo confieso.

—Y sin embargo...—repuso Adelardi un tanto desilusionado.

—Y sin embargo,—interrumpió Jorge sonriendo,—me habéis visto muy a menudo enamorado, ¿no es eso lo que ibais a decir? Convento en ello, aunque acaso no lo he estado sinceramente más que una vez, una sola, y aun. . . ¿Qué queréis

que os diga, Adelardi? El amor, hasta ese mismo, era una fiesta en mi vida, era un brillo, un goce, un encanto más. Aquella belleza, aquella sencilla y rara inteligencia, hasta su misma virtud que prestaba un atractivo desconocido a la apasionada ternura que revelaban a su pesar sus bellos ojos puros y sinceros... ¡Oh! sí, en aquella ocasión estaba enamorado, y con facilidad hubiera hecho una locura que hoy me alegro de haber evitado. ¡Pobre Florángel! si me hubiera casado con ella, ¿qué suerte la reservaba?... ¿y a mí?...

—A ella lo comprendo: la suerte que vuestro cariño la ofrecía en aquella ocasión que confesáis con franqueza, era muy diferente; pero si ella, tan bella, tan adicta, tan valerosa, estuviese ahora a vuestro lado, ¿no creéis que endulzaría vuestra suerte?

—¡La mía! ¡Mi suerte! ¡mi suerte actual!—Y rompiendo en una amarga carcajada continuó en el mismo tono que al principio:—No, no soy de esos hombres a quienes hasta el amor solo y despojado de lo que fuera constituye su ornamento y su valor. Pensad de mí lo que queráis, Adelardi, pero no me parezco en nada a ese compañero de infortunio que acabáis de citar. Si no hay cariño humano que me hiciera soportar la vida que llevo aquí, juzgad qué sería la de otra parte.

Levantóse y se puso a pasear con agitación, mientras que Adelardi callaba, entregado a una porción de pensamientos confusos y penosos. A poco volvió a tomar la palabra Jorge con cierto ímpetu, diciendo:

—Mirad, Adelardi, no me habléis más que de una cosa, ni me déis más que una esperanza: la muerte: no quiero más que la muerte. En último resultado,—añadió llevando la mano con un gesto desesperado a la corbata negra anudada negligentemente a su cuello,—este será mi recurso si de aquí a ocho días no llevo a encontrar para escapar de sus manos un medio más digno de un caballero.

Su amigo guardaba un triste y sombrío silencio. ¿Qué hacer? ¿Qué responder en esa hora en que todo falta en la tierra, y hasta el cielo está cerrado? Sin embargo, le respondió con una gravedad melancólica que no le era habitual:

—Querido amigo, para seros útil en este momento, conozco que debería ser otra cosa de lo que soy. Si, Jorge; contra la sombría tentación que os domina, contra la desesperación que os produce la terrible suerte que os amenaza, no hay más que un medio, uno solo, que me creo indigno de aconsejaros. Necesitaríais creer y orar.

Quedó Jorge un momento sorprendido y turbado ante la emoción de su amigo, y tras un largo silencio que ninguno de los dos se atrevía a romper, dijo:

—Pues bien, Adelardi, séame al menos lícito implorar una gracia que a nadie se niega, aunque sea más culpable que yo. Fabián se muere.

—Ya sabía yo que su herida era incurable.

—Con todo, no moriría tan pronto, si no le hubiera atacado anteayer el tifus de un modo fulminante. Yo esperaba que el contagio me hubiera alcanzado; pero temiendo sin duda que disminuya la lúgubre cuerda, se le han llevado esta noche a morir al hospital, no sé a cuál de ellos.

Oyóse en este momento girar la llave: había terminado la hora, y era preciso separarse, lo cual efectuaron penosamente, a pesar de hacerlo con la seguridad de que aquello no era todavía una despedida, y de que antes de llegar este caso se verían varias veces. Ya cerca de la puerta de la fortaleza el carcelero dijo en voz baja al marqués:

—No creo faltar a mi deber, señor, encargándoos de esta carta que me dió un día el preso que se han llevado esta noche moribundo para que la dirigiera a su destino luego que partiera para la Siberia. Como ya ha partido, aunque en distinta dirección, desearía cumplir su postrera voluntad.

—Dádmela, yo me encargo de enviarla—dijo Adelardi.

Cuando estuvo fuera miró la carta que acababan de confiarle, y quedó grandemente sorprendido al ver que el sobre iba dirigido a la señorita Gabriela de Ives, en casa del profesor Dornthal, en Heidelberg.

IX

Al salir de la fortaleza subió el marqués en su trineo, pero no dió orden alguna al cochero, pues no sabía adonde ir. A aquella hora ya debía Florángel haber vuelto de palacio. ¿Iría a verla, como habían convenido el día antes, para saber el resultado de su audiencia, y para entregarla al propio tiempo la carta de que era depositario? Era lo más sencillo; y cuando se preguntó por qué vacilaba, le pareció que era porque le había quedado de su entrevista con Jorge una especie de descontento o de inquietud, cuyas huellas temía que viesen. En la singular misión que tenía que cumplir, empezaba a ver que el cariño y el valor no estaban equilibrados en las dos partes, y que el reconocimiento y la abnegación no se hallaban a igual altura. No era, en efecto, muy sorprendente que Jorge prescindiera de una ventura que debía mirar como imposible; pero si la que estaba lejos de esperar apareciera de repente en la prisión, ¿se quejaría de que era demasiado bella? No lo creía. Sabía mejor que nadie la influencia de Florángel, pues ninguna mujer había ejercido jamás sobre Jorge igual imperio, y estaba seguro de que le bastaría verla un instante para volver a sujetar a ella su variable corazón. Conocía muy a fondo el carácter de su amigo, para abrigar la menor duda sobre este particular, por lo cual dedujo, a pesar de haberle resentido su lenguaje cuando le hablaba de Florángel, que cuando se le presentase, aquella frialdad desaparecería como la nieve al calor del fuego, y que ella no lo echaría de ver ni lo sabría nunca; y este para él era el punto más importante.

El interés que Florángel le inspiraba era uno de los mejores y más puros sentimientos que había experimentado en su

vida. Sin pensarlo y sin quererlo, ejercía sobre él una saludable influencia. Mil impresiones lejanas borradas, casi muertas por el mundo, se despertaban en la atmósfera pura que rodeaba a aquella joven, y él las acogía con una efusión que le correspondía, y desde que la había visto, tomó con empeño, más por su bien que por el de Jorge, el papel casi paternal que para con ellos le había confiado la princesa Catalina. Completamente tranquilo por las consideraciones dichas sobre las disposiciones, si no presentes, al menos próximas, de Jorge, volvió a su primitivo proyecto, y se dirigió a la casa del muelle principal. Ya había saltado a tierra y preguntado por la señorita de Ives, cuando vió a Clemente que atravesaba el vestíbulo, y juzgó más acertado dirigirse a él ante todo.

Clemente estaba sombrío y preocupado: acababa de ver a su prima volver de palacio con todo el esplendor que el traje y el buen éxito daban a su belleza; pero no tuvo tiempo el marqués de observar la fisonomía del joven, ni el esfuerzo con que respondió a las primeras preguntas que le dirigió cuando estuvieron solos en el saloncito bajo, donde entró con él.

—Tengo que hablaros de un incidente imprevisto, Dornthal. Ante todo, ¿ha vuelto vuestra prima de palacio?

—Sí.

—¿Está satisfecha de su audiencia.?

—Sí, la emperatriz la ha prometido responderla mañana como desea.

—No lo dudo: la emperatriz está siempre dispuesta a conceder favores, y aunque así no fuese, era imposible que la presencia de la solicitante no asegurara el éxito.

—Deciais, señor marqués, que un incidente imprevisto...

—Sí, es verdad. Os diré ante todo una cosa que quizá ignoráis, y es que ese miserable Fabian Dini, que tan cruelmente ha comprometido a Jorge, y estaba preso con él...

—Ese infeliz, señor marqués,—interrumpió Clemente conmovido,—está moribundo; esta noche pasada le han sacado de la fortaleza...

—¡Pardiez! Ya lo sé, y eso precisamente iba a deciros. Pero ¿cómo lo sabéis?

—Me he informado.

—¿Conocíais a ese Fabián?

—Un poco, y deseaba saber qué era de él.

—¿Y lo sabéis?

—Sí; sé en qué hospital se encuentra, y sé también que gracias a su enfermedad que le imposibilita para huir y alejar de él a todo el mundo por temor al contagio, sólo está guardado por los enfermeros; así, espero verle hoy mismo.

—¿Conque le conocíais? Entonces eso me explica lo que encontraba inexplicable. ¿Le conoce también vuestra prima?

—Sí... como yo.

—En ese caso ya está explicado todo; y puesto que es así, tomad, encargáos de entregarla eso,—dijo el marqués poniendo en su mano la carta de que era portador.

Al ver la letra de su primo, no pudo Clemente ocultar su emoción, y observando fija en él la mirada penetrante e interrogativa del marqués, no creyó oportuno ocultarle la verdad; así, refirióle sin vacilar y en pocas palabras todas las circunstancias de la vida del que en aquel momento expiaba sus faltas con los últimos sufrimientos de una muerte miserable, añadiendo con voz conmovida:

—No temo confiaros, señor marqués, el secreto de esta triste existencia, seguro de que le guardaréis, y no olvidaréis que es *Fabián Dini*, y no Félix Dornthal el que se libra con la muerte de una pena infamante.

—Contad con mi silencio,—dijo el marqués estrechándole la mano; y al cabo de un momento continuó:—Ese infortunado ha mostrado un gran valor durante el proceso, y un desprecio completo del peligro propio, pues sólo parecía empeñado en salvar al que ha perdido ¡Dios le perdone!

—Decís bien, Dios le perdone;—repitió gravemente el joven.

El marqués le estrechó de nuevo la mano, y ya iba a salir cuando Clemente le detuvo diciendo:

—¿Me permitís, señor marqués, haceros una pregunta?

—Hablad.

—¿Sabe el conde Jorge que está aquí Gabriela?

—Todavía no.

—¿Pero tendrá noticia de su resolución?

—No, amigo mío; también la ignora. No dudaba yo del

éxito obtenido por vuestra prima con la emperatriz; mas de todás suertes, antes de dar tal sorpresa a Jorge, deseaba estar seguro de que no encontraría un desengaño.

—Os comprendo. Perder semejante esperanza después de haberla concebido, sería, en efecto, más horrible que la muerte,—dijo Clemente con una viveza que chocó a su interlocutor; pero continuó con más tranquilidad:—Todavía otra pregunta, señor marqués; pregunta absurda, lo confieso, pero que no puedo menos de hacérosela en este momento. Vos sabéis que mi posición para con Gabriela es la de un hermano. ¿Podéis asegurarme que el que ama, aquel a quien va a sacrificarse, es digno de ella? ¿Podéis asegurarme que la ama como no ha amado ni puede amar a otra? No puedo dudar, pero... en fin, para tantos sufrimientos necesito que sea feliz... ¡Lo necesito!—repitió con cierto imperio;—y a la pregunta que os he hecho os pido una respuesta sincera.

Vaciló el marqués un momento. La vehemencia de Clemente le daba qué pensar, y bajo la impresión de su reciente entrevista con Jorge, no supo al pronto qué responder. ¿Vendería a su amigo? ¿Engañaría al que fijaba en él su noble y leal mirada? Permaneció incierto algunos segundos, y por último se decidió a ser sincero, y a responder con la misma franqueza que le preguntaban.

—¿Me pedís la verdad, Dornthal? Pues bien, en este momento me es imposible afirmaros que el amor de Jorge sea lo que decís. En mi concepto, ahora Gabriela no es para él más que un bello sueño pasado; pero podéis estar tranquilo: tan luego como ese sueño se convierta en realidad, cuando esté allí, delante de él, a su lado; cuando sea suya, no lo dudéis, el fuego amortiguado se avivará como en otro tiempo, y nada hará conocer a esa hechicera criatura que una ráfaga de olvido haya velado su imagen. ¿Qué queréis, Clemente? en punto a cariño y constancia, las mujeres nos ganan, y son más felices. Hasta mañana, querido amigo.

Clemente no respondió sino estrechando otra vez la mano del marqués. Le había escuchado pálido y temblando; mas así que se vió solo, exclamó haciendo un violento esfuerzo para reprimir los sollozos que le ahogaban:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es eso amar?

X

Habíase Florángel despojado del rico traje con gran disgusto de la señorita Josefina, que la parecía ver realizado el ensueño de la primera noche, y estaba ya vestida con su traje alto de lana obscura, que usaba comúnmente, cuando Clemente, que había dicho que volvería tarde aquella noche, entró de pronto en el salón donde la dejara media hora antes.

En efecto, había pensado dedicar el resto del día al triste deber que se había impuesto para con su primo, y juzgó inútil hablar de ello a Gabriela, a quien hasta había ocultado lo que averiguara respecto a Félix; pero la carta que le acababan de entregar cambiaba la situación, y ahora le parecía indispensable que ella lo supiera todo al punto: así, la explicó sin preámbulos la situación actual de su desventurado primo, los pasos que pensaba dar para verle y lo que acababa de saber por el marqués, entregándole la carta que éste había traído. Florángel rompió el sobre con viva emoción y leyó en voz alta y rápidamente lo que sigue:

«Prima Gabriela:

»Estoy condenado a las minas perpetuamente; mas como al propio tiempo estoy gravemente herido, supongo que hará mucho tiempo que habré dejado de existir cuando recibáis esta carta, si es que la recibís. Siento en el alma el mal que he hecho a todos, y en particular a mi último bienhechor, y lo siento especialmente por vos, pues os haré padecer: hubiera debido figurármelo; pero una noche os ví inopinadamente en Florencia pasar en una carretela. Esperé a la puerta de la fonda en que habíais entrado, y luego cedí a la irresistible tentación de haceros pensar en mí escribiéndoos cuatro líneas,

que coloqué en un ramo. Pocos días después, mi protector, que estaba bien ajeno de figurarse que yo conociera el modelo, me enseñó imprudentemente su bella Cordelia. Confieso que desde entonces concebí la idea de distraerle de aquel amor que me irritaba, y Lasko vino a propósito; mas nunca creí que iríamos tan adelante. Por lo demás, Gabriela, creedme: mi amor, que habéis rechazado, y confieso que habéis hecho bien, era quizá más digno de vos que el suyo, porque, lo conozco, si os hubiese encontrado antes o si hubiérais podido amarme, me habría enmendado, mientras que él...; pero ya no es tiempo de hablaros de él ni de mí...; todo se acabó. A vos, a vos sola, prima mía, es a quien quiero dirigir mis postreras palabras, y vos las repetiréis por mí a todos aquellos a quienes se las debo: dichas por vos, serán atendidas: *perdón y adiós.*

F. D.»

Florángel enjugó sus ojos llenos de lágrimas, pues aquella carta la había conmovido de mil modos, y puede calcularse que Clemente tampoco la oiría con indiferencia; pero en este instante un solo pensamiento dominaba todos los demás; así, después de un corto silencio, dijo:

—Esta carta la escribió cuando creía morir de su herida; después la enfermedad ha acelerado su fin, y tal vez a esta hora ya no existe. De todos modos esta noche sabréis si le he encontrado vivo o muerto.

—Escuchadme antes, Clemente,—dijo Florángel.—Si, lo que puede suceder, vive todavía, quisiera verle y acompañaros.

—¡Vos! No es posible; ese contagio es terrible, y no podríais venir a ese hospital. Es un sitio destinado a los malhechores o a los últimos miserables, y no puedo, no quiero exponeros a semejante riesgo.

—Pero si por casualidad esa preferencia, esa especie de simpatía que siempre me ha manifestado a su modo, me diera hoy el poder de consolar la última hora de esa triste vida... ¿quién sabe?... Si mi voz hiciera llegar a su oído una palabra que pudiera calmar la desesperación de su agonía... Clem-

te, ¿me diréis que no debo intentarlo? ¿Tendríais valor para apartarme de ello, porque hay que correr un peligro?

—Gabriela,—dijo Clemente con cierta vehemencia—siempre sois igual. ¿No comprendéis que sois implacable para los que os aman?

—Vamos, pensad un instante en lo que os digo, y responded, Clemente.

—Pues bien,—repuso el joven con voz sorda después de un momento de silenciosa angustia—venid pronto, no perdamos tiempo; en efecto, puede ser que vos tengáis una influencia que otro no tendría: daos prisa; os espero.

Antes que acabara estas palabras estaba Florángel fuera de la estancia, y en menos tiempo del que se necesita para decirlo, ya se hallaba cubierta con su capa y su gorrito de terciopelo, con un velo que le cubría el rostro y dispuesta a salir; bajaron juntos sin hablar más; el trineo de Clemente esperaba a la puerta; colocóse en él la joven y a su lado su primo, y partieron con la vertiginosa rapidez propia de ese género de vehículos.

Habían ya dado las cuatro, por lo cual estaba ya obscuro; pero la brillante claridad de la noche, aumentada con el blanco reflejo de la nieve, alumbraba bastante el camino y permitía a los caballos marchar casi tan aprisa como en medio del día. El sitio a que se dirigían estaba situado a la otra margen del Neva, y mucho más abajo que la casa de la princesa Catalina, por lo que atravesaron el río diagonalmente, siguiendo el camino que de trecho en trecho señalaban las ramas de pino, encontrándose a poco rato trasladados del esplendor de la ciudad a una especie de inmenso y nevado desierto. A medida que bajaban al río, desaparecían en lontananza los palacios, las numerosas y doradas cúpulas de las iglesias, los vastos y regulares edificios, cuyo efecto hacían las tinieblas más imponente; y cuando al fin se detuvieron al extremo más apartado de un arrabal situado en la orilla derecha del Neva, sólo vieron a su alrededor barracas de madera, entre las cuales se divisaban construcciones un poco mayores, pero todas de apariencia miserable y de un solo piso.

Clemente ayudó a bajar a su prima, y buscó con la vista

al que le esperaba y debía servirle de guía. Acercóse un hombre que dijo en voz baja:

—¿El señor Clemente Dornthal?

—Yo soy.

—Pero no venís solo.

—No impórta.

—No tengo orden; y una mujer... está prohibido.

—Yo creo, sin embargo, que entrarán otras aquí.

—Sí; pero se necesita permiso, o...

—Tomad,—le dijo Clemente a media voz:—el mío basta para los dos.

El guía pareció encontrar la respuesta satisfactoria; guardó el oro que Clemente acababa de poner en su mano, y no replicó palabra; dirigióse seguido de los dos primos hacia el edificio que se veía un poco más iluminado, cuya luz observaron al acercarse que procedía de un gran fuego que ardía en la parte exterior, al cual se calentaban varios individuos, unos en cuclillas, otros en pie, algunos acostados a corta distancia de la hoguera para no quedarse helados mientras dormían, y todos alumbrados de un modo fantástico por la llama, que permitía ver sus rostros velludos, la cuadrada forma de sus gorros, sus caftanes de piel de carnero, y recorriendo aquellos grupos varios vendedores de aguardiente que les proporcionaban para luchar contra el frío un medio más eficaz que el fuego de la hoguera.

Clemente y su compañera pasaron rápidamente por aquellos grupos, no sin oír alguna que otra frase poco tranquilizadora, y sin que el joven se viera precisado a hacer rodar de un puñetazo a uno de aquellos curiosos medio ebrio que quería levantar el velo a Florángel, lección suficiente para que ninguno les molestara hasta llegar a la puerta de la construcción llamada hospital, que no era más que una larga galería de madera. Al penetrar en él, pasando súbitamente de la claridad de la hoguera y de la intensidad de un frío extremado, al oscuro y cálido recinto de aquella ambulancia, su primera sensación fué la de hallarse en tinieblas y en una atmósfera asfixiante. Florángel se apresuró a levantar su velo, a quitarse el gorro y la capa, porque no podía respirar, y se sentía

desfallecer a consecuencia de aquella transición súbita, pero se repuso al punto. Clemente, asustado al pronto, vió que se hallaba en disposición de proseguir su lúgubre exploración; y en efecto, una vez acostumbrada su vista a la incierta luz que les rodeaba, pudieron ver la larga fila de jergones en que yacían víctimas de todas las terribles variedades del dolor, cerca de doscientas criaturas humanas, cuyos gemidos mezclados se elevaban de todas partes como un solo grito doloroso y siniestro, exhalado como para helar de espanto y piedad al corazón más animoso y aguerrido. El de Floráγγελ latía con suma violencia mientras seguían avanzando lentamente por el espacio obstruído, y Clemente se preguntaba con remordimiento cómo había podido consentir en conducirla a semejante sitio, cuando de repente, a su lado, un gemido acompañado de algunas frases que parecían pronunciadas en delirio, detuvieron sus pensamientos y los dejaron inmóviles en el sitio que ocupaban. Escucharon con atención .. ¿quién de aquellos infortunados había pronunciado aquellas palabras? Miraron en torno suyo según les permitía la escasa claridad; pero entre todos aquellos enfermos, tan inmediatos unos de otros, no veían ninguno cuyas facciones tuviesen la menor relación con las del infeliz, cuya voz habían creído reconocer.

—¡Por piedad!—dijo la joven con voz suplicante a un enfermero a quien acababa de oír pronunciar algunas palabras en alemán, y que pasaba rudamente por delante de ella con una linterna en la mano. Prestadme un momento esa luz.

Detúvose el enfermero al oír hablar su idioma y miró con sorpresa a Floráγγελ; y como si su aspecto y su ruego le hubieran conmovido, la entregó la linterna diciendo:

—Os la dejo mientras voy al extremo de la sala; cuando vuelva la recogeré.

Clemente la tomó, y la luz alumbró un instante el rostro y la frente de Floráγγελ. En el mismo instante un grito, un movimiento casi convulsivo, y el nombre de Gabriela pronunciado por la voz que habían oído, les reveló en cuál de aquellos miserables camastros estaba el desventurado a quien buscaban. Ambos se acercaron con el corazón oprimido, y

con el auxilio de la luz contemplaron las facciones del moribundo. ¿Era él? ¿Era Félix? Su voz y sus palabras no permitían dudarle, y sin embargo, nada recordaba en aquel rostro desfigurado por la agonía y por una horrible herida que le cruzaba, al que vieron por última vez en toda la plenitud de su salud y con todo el orgullo de la juventud.

Después del grito que exhalara, cayó de nuevo como exánime, y Clemente se inclinó temblando para ver si respiraba todavía. El latido débil e irregular de su corazón no se había detenido.

—Félix, — le dijo, — ¿me oyes? ¿me conoces?

—¡Qué delirio! — murmuró éste abriendo los ojos. — Parece que están todos ahí. Antes aquella visión... ahora esta voz... ¡Ay! quisiera no despertar.

Florángel había tomado la mano del moribundo, inclinándose hacia él para oír sus palabras, de suerte que la luz iluminaba de lleno su rostro: los ojos del enfermo se fijaron con una persistencia extraña en los suyos, y murmuró:

—Es imposible... ¿qué ilusión es esta que me hace ver lo que no es?

—Félix, — dijo Florángel con cariñoso acento, — no es ilusión; estamos aquí. Dios nos ha guiado hasta vos para que no muráis solo, sin amigos, sin consuelos, sin pedir y obtener el perdón y la paz.

Un fulgor inexplicable brilló en los ojos extraviados del herido, que pareció haber comprendido, pero no respondió. Clemente y Florángel temían romper aquel solemne silencio; mas la mirada de Félix pasando del uno al otro, al tiempo que tomaba las manos de entrambos y las estrechaba contra su corazón, les dijo:

—¡Dios! ¡qué milagro! — Y añadió como hablando consigo mismo: — ¡Qué fortuna que sea él y no el otro!

Ambos comprendieron su equivocación, pero no sintieron lo mismo con ella, pues mientras que la joven, ruborizándose, retiró su mano con una ligera sonrisa, la frente de Clemente se cubría de una palidez casi igual a la del moribundo. Sin embargo, a los dos absorbía en aquel momento otro pensamiento más grave. Después de un corto intervalo de silencio, Florán-

gel dirigió algunas palabras a Félix; mas éste no la respondió, y su cabeza desfallecida, que ella trataba de levantar, cayó sobre su hombro. Así desmayado permaneció algunos instantes, y cuando abrió de nuevo los ojos y la vió junto a él, exclamó:

—¡Loado sea Dios! Aun está presente esa visión.

—Sí, aquí estoy, Félix,—dijo Florángel;—estoy aquí para orar con vos. Escuchadme bien: decid conmigo que os arrepentís de todas las culpas de vuestra vida.

—De todas las culpas de mi vida,—repitió el moribundo.

—Y que si pudiérais hacerlo, las confesaríais con sincero arrepentimiento... ¿Me oís?

La mano del herido oprimió ligeramente la suya, una lágrima rodó por la mejilla de Félix, y con una voz que apenas era perceptible, repitió:

—Sí, un completo arrepentimiento...

Y volvió a caer en nuevo síncope que auguraba su próximo fin.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Florángel elevando los ojos al cielo.—¡Si pudiera recibir la absolución!

En aquel momento llegó el enfermero que recogió la linterna diciendo:

—Dispensad; la necesito para una persona que viene a visitar a un enfermo.

En efecto, por entre el escaso espacio que dejaban las dos hileras de lechos, adelantábase un personaje, cuyo grave continente, cabello y barba largos, ancha sotana de seda y una cruz de oro al cuello, anunciaba que era un sacerdote griego. Clemente corrió hacia él, y le detuvo al pasar por delante del lecho de Félix.

—¿Qué me queréis, joven?—dijo con sorpresa.

—Suplícoos que os acerquéis a este moribundo, que expira arrepentido de sus culpas, y deseando confesarlas si tuviera fuerza: dadle la absolución.

Arrodillóse y Florángel le imitó, el moribundo juntó las manos, y mientras que la palabra *perdón* salía confusamente de sus labios, el sacerdote levantó la diestra mano, y con voz solemne pronunció la misericordiosa fórmula de la absolución.

XI

Hacia ya algunas horas que estaba Florángel de vuelta en su casa: la ansiedad, el horror, la tristeza y el estremecimiento que la habían agitado durante la conmovedora escena que acabamos de describir, estaban ahora substituídos por un sentimiento en que dominaba especialmente un íntimo y dulce reconocimiento.

Sentíase, pues, si no feliz, porque las impresiones de aquel día habían sido demasiado solemnes para no dejar un velo de tristeza en su alma, al menos tranquila y serena, y se hallaba en una de esas disposiciones que, sin saberlo, son origen de esfuerzos y sacrificios, incomprensibles un momento antes, de la misma persona que los lleva a cabo. Habíase sentado junto a una chimenea de mármol blanco en que ardía un gran fuego, en el salón más pequeño de la casa, que era el que había preferido, y el que ocupaba habitualmente.

Clemente, después de acompañarla, había vuelto al triste sitio que habían visitado juntos, a fin de obtener para el cadáver de su infortunado primo una sepultura, si no honrosa, al menos separada.

La señorita Josefina, a la hora de costumbre, había vuelto a la magnífica estancia que ya ocupaba con menos sorpresa que el primer día, y ya hacía una hora que estaba en el gran lecho donde reposaba con el mismo gusto que bajo las cortinas de indiana que la cubrían en París.

Eran cerca de las once, y Florángel iba ya a resolverse a dejar el sitio que ocupaba, cuando se oyó el ruido de un carruaje, sonó la campana, y pocos momentos después la entregaban una tarjeta en que se veía litografiado:

«LA CONDESA VERA DE LININGEN.»

Y debajo, escrito con lápiz:

«¿Tendrá la bondad de recibirme un instante la señorita Florángel de Ives?»

—¡Vera! ¡La condesa Vera!

Dos veces repitió Florángel este nombre. Desde Florencia, era la primera vez que la venía a la memoria: recordó haberle oído una vez en su vida en la conversación de la princesa Catalina con el marqués, y después nunca la habían nombrado delante de ella, pues la antevíspera, Adelardi había evitado instintivamente pronunciar este nombre al hablarla, como el de Gabriela al hablar a Vera, y en palacio nadie le había pronunciado. La sorpresa de Florángel fué por tanto inexplicable, y aun permanecía con los ojos fijos en la tarjeta, cuando el criado que la había traído se permitió recordarla que la condesa Vera estaba abajo en su carruaje y esperaba la respuesta.

—Decidla que suba—contestó al punto Florángel.

Y quedó esperando, con cierta turbación y curiosidad, a la que iba a llegar. Sin saber por qué, su corazón latía sin dejarla apenas respirar; mas cuando se abrió la puerta, y vió aparecer a la bella menina, sintió al pronto un gran consuelo.

—¡Cómo! ¿sois vos, señorita?—exclamó con alegría.—Perdonadme no haberlo adivinado en seguida; pero ignoraba esta mañana el nombre de la que tan bien me acogió.

La idea que en aquel momento surgía en la mente de Florángel, era que la emperatriz la enviaba con su dama, antes de lo que esperaba, la respuesta favorable que había prometido; mas llamaron su atención la palidez y el silencio de la recién llegada, y las palabras que iba a añadir expiraron en sus labios.

—¡Ignorábais esta mañana mi nombre!—dijo al fin Vera.

—¿No le habíais oído pronunciar nunca?

Florángel se ruborizó y contestó:

—Nunca, sería inexacto.

—Está bien. No vengo a examinar cuándo ni cómo le habéis oído. Adivino que os han hablado muy poco de mí; mas permitidme, señorita, preguntaros a mi vez si no tenéis

otro nombre que con el que he tenido el honor de presentaros a S. M.

—Me llamo Florángel, pero no uso habitualmente ese nombre.

—¿Cuál, pues?—preguntó Vera temblando.

Sorprendió a Florángel la manera de preguntárselo, pero mucho más aun el efecto que produjo su respuesta, y el terrible cambio que se verificó en la fisonomía de su interlocutora, que repitió:

—¡Gabriela! ¡Lo había adivinado!

Un silencio extraño siguió a esta exclamación. Florángel no sabía qué decir, y esperaba la explicación de una escena que cada vez se iba haciendo más original. Pero mientras el silencio duraba, mientras miraba a Vera con creciente sorpresa, una súbita idea cruzó su mente como un destello vivo y rápido de la verdad. Nada era para ella más vago que aquel nombre murmurado en su presencia una sola vez; pero era en una conversación que tenía a Jorge por objeto, y recordó que la parecía comprender que se trataba de una unión deseada por la princesa para su hijo. ¿Sería que Vera traía de mala gana a otra mujer el permiso de seguirle? Esta fué la primera idea de Florángel, y en su virtud se acercó a la condesa, y la dijo con amabilidad:

—Si estáis encargada de un mensaje para mí, ¿cómo podré agradeceros, señorita, haberos tomado la molestia de traerle en persona?

Pero Vera retiró vivamente la mano, y se alejó algunos pasos; como dominada de una emoción que no podía vencer, se dejó caer en un sillón junto a la mesa, y por espacio de algunos momentos permaneció en él, pálida, jadeante, con aire sombrío y feroz, y enjugando de tiempo en tiempo con brusco movimiento las lágrimas que, a su pesar, brotaban de sus ojos. Florángel, inmóvil de sorpresa, la miraba con una mezcla de interés y de estupor, mas dominando su franqueza a su timidez, la dijo resueltamente:

—Condesa Vera, si no he adivinado el motivo que os guía, decidme la verdad. Pasa en este momento entre nosotras algo que no comprendo. Sed sincera, como yo lo seré; no continúe-

mos así; sobre todo no me miréis como si fuese, no una extraña, sino una enemiga.

—¡Enemigas!— dijo Vera levantando vivamente la cabeza.
—Sí; en este momento lo somos.

¿Qué quería decir? Florángel cruzó los brazos y la miró con atención, tratando de adivinar el enigma de sus palabras, y el más obscuro aun de su fisonomía, que expresaba sucesivamente los sentimientos más encontrados; el enigma, en fin, de sus ojos, que ya la miraban con odio, ya con afecto, y casi con la humildad de una súplica. Por fin, Vera prosiguió:

—Tenéis razón; es preciso que no esperéis, y explicaros mi extraña conducta; mas para eso se necesita valor, y para venir aquí como lo he hecho, para dirigirme a vos como voy a hacerlo, es preciso... es preciso que sin saber por qué...

—Acabad—dijo Florángel sonriendo—¿qué es preciso?

—Es preciso,—replicó Vera en voz baja y conmovida,—que un secreto instinto me advierta que sois buena y generosa.

Este final, después de aquel principio, no ilustraba gran cosa la situación, sino que, al contrario, la ponía más oscura.

—Basta de preámbulos—dijo Florángel con serenidad.—Hablad claro, condesa Vera, decidlo todo sin reticencias, y creedme, yo nada temo: aunque vuestras palabras me hagan un mal que ni puedo prever ni comprender, no vaciléis, hablad.

—Pues bien, mirad,—dijo Vera arrojando sobre la mesa un papel que hasta entonces había conservado oculto

Florángel le tomó, le examinó, ruborizándose primero y palideciendo después, y dijo:

—¡Mi súplica! ¿Me la devolvéis? ¿La han negado?

—No; no ha sido presentada.

—Eso significa que la emperatriz, después de manifestarme tanta bondad, ha cambiado de parecer, y ha rehusado encargarse de ella.

—No. Al contrario, S. M. me encargó enviarla y apoyarla con su recomendación.

—¿Y?...

—Y he desobedecido sus órdenes.

—Espero la explicación que me daréis sin duda. Hablad sin interrumpiros: os escucho.

—Ante todo, respondedme. ¿Sabíais que Jorge de Walden era el esposo que se me había prometido, y a quien mi padre me destinaba desde mi infancia?

—¿Que os estaba prometido... desde la infancia? No, no lo sabía. Proseguid: no importa.

—En efecto, no importa, porque no es eso de lo que se trata, aunque haya debido recordároslo. Ya no se trata de su desgracia, ni de su terrible sentencia, ni de esa horrible Siberia a donde pretendéis seguirle para partir con él una suerte cuyo rigor no podríais mitigar, y tal vez ni soportar. De lo que se trata es de preservarle de ese destino, de salvarle, de hacerle recobrar la vida, el honor, la libertad; en una palabra, todo lo que ha perdido. Sus bienes, su fortuna, su nombre, su posición, todo puede serle devuelto; y eso es lo que vengo a deciros y a pedirós que coadyuvéis.

—¡Todo puede serle devuelto!—exclamó Florángel con voz cortada.—¿Por qué medios? ¿por qué influencia?

—Por el emperador, cuya clemencia he invocado y han obtenido mis ruegos, pero con dos condiciones, de las cuales una se impone a Jorge, y otra depende de mí. A esas hay que añadir otra, que depende de vos, de vos sola.

Los ojos de Florángel se fijaron en Vera con una expresión de profundo asombro mezclado de angustia, y dijo:

—Acabad, os lo suplico; acabad, si no soñáis al decir eso, o yo al escucharos; acabad, si no estamos locas una u otra.

—¡Tened piedad de él! Yo os lo imploro,—exclamó Vera con pasión juntando las manos, y como sofocada por la emoción.

Florángel siguió mirándola con la misma expresión, y sin hablar la hizo seña de continuar. Parecía concentrar su atención para llegar a comprender las palabras que la dirigían, hasta que al fin dijo tranquilamente:

—Os escucho atenta y serena: habladme lo mismo.

—Pues bien,—dijo Vera con voz más segura—esta mañana, cuando acababa de leer vuestra súplica, y de comprender por ella quién era el penado a quien pedíais seguir... en aquel momento precisamente llegó el emperador a palacio, y me mandó llamar.

—¡El emperador!

—Sí. ¿Sabéis lo que quería decirme? No lo adivináis, y lo concibo, porque ignoráis con qué vehemencia había solicitado el perdón de Jorge, con qué ansia había recogido para ese objeto todos los datos más a propósito para conmover al soberano... Y lo que éste quería decirme era que se dignaba concederme esa gracia... a mí, Florángel. . ¿comprendéis? pero con dos condiciones.

—¡Su perdón! Continúa: os escucho.

—La primera, que pasaría cuatro años en sus dominios de Livonia sin salir de ellos.

—Entiendo: ¿y la otra?

—La otra,—dijo Vera lentamente y turbada,—que antes de su partida se cumpliría la voluntad de mi padre y del suyo.

Florángel se estremeció. Sintió apoderarse de su corazón el frío de la muerte, y girar todo lo que la rodeaba como si tuviera un vértigo; pero permaneció inmóvil, y dijo en voz baja:

—¿Su perdón a ese precio?

—Sí. El emperador se interesa por mí desde mi infancia, porque estimaba a mi padre y ha querido que este acto de clemencia vaya unido al cumplimiento de su voluntad.

Siguió un largo silencio. Vera temblaba mirando los labios pálidos y las mejillas descoloridas de Florángel, cuyos ojos estaban fijos en el espacio, y que al fin preguntó:

—¿Y él... aceptará su perdón a ese precio sin vacilar... verdad?...

—No puedo decir tanto,—contestó Vera ruborizándose,—y esa duda me humilla y me espanta, porque el emperador miraría cualquier vacilación como una nueva ingratitud, y acaso anularía su gracia.

—¿Y por qué ha de vacilar?

—Florángel,—exclamó Vera con acento apasionado,—desgarrémonos mutuamente el corazón, si es preciso, pero sigamos hasta el fin. ¿Os han permitido ver a Jorge desde que estáis aquí?

—No.

—Pero él os esperaba, sabrá que habéis llegado, y el sacrificio que habéis venido resuelta a hacer.

—No: lo ignora también, y no debe saberlo hasta mañana.

Un relámpago de alegría brilló en los negros ojos de Vera, que continuó:

—Entonces de vos depende que no vacile y que se salve. Sí, Florángel, que ignore vuestra llegada, que no os vea... ¡que no os vea jamás!—añadió mirándola con un espanto celoso que no podía disimular.—Que no os vea jamás, y la vida volverá a ser para él bella, brillante, feliz, lo que era y debía ser siempre, y el recuerdo de estos últimos meses se borrará en su imaginación como el de un sueño.

—¡Como un sueño!—repitió Florángel maquinalmente, pasándose la mano por la frente.

—Ya lo sabéis todo. Comprendo mejor que nadie el mal que os he hecho; pero quería salvar a Jorge, quería que me fuese devuelto, y he creído, no sé por qué, pues me parecía una insensatez y yo soy naturalmente desconfiada, que obtendría de vos el sacrificio de ayudarme contra vos misma.

El acento con que Vera pronunció estas palabras resonó en el fondo del alma de su interlocutora, que con las manos cruzadas y descansando sobre sus rodillas y los ojos fijos parecía no oír nada hacía algunos instantes. Si Jorge quedaba libre, y recobraba su nombre, su fortuna, su posición, ¿no se encontraría ella en la que ocupaba cuando él le habló de su cariño? ¿no sería entonces usurpar a traición el consentimiento de su madre, y en detrimento de la que debía considerar como su esposa desde la cuna? ¿No sería también otra traición presentarse a él como un obstáculo que podría imposibilitarle recobrar la libertad y el favor? Estas reflexiones hizo rápidamente, y colocando su mano helada sobre la de Vera, fijando en ella una mirada tranquila y afectuosa, la dijo con voz serena:

—Basta. Habéis hecho bien. He comprendido. Quedad tranquila.—Y viendo que Vera la miraba sorprendida de su acento, continuó en el mismo tono:—Haced lo que queráis sin temor, como si yo estuviese muy lejos, como si jamás hubiera venido.

Y tomando el memorial, que aun estaba sobre la mesa, lo

desgarró y lo arrojó al fuego, donde después de arder rápidamente, volaron las cenizas. Vera, por un movimiento irresistible, llevó a sus labios la mano que todavía conservaba entre las suyas, quedándose muda y comó cortada. Había venido decidida a imponerse a su rival, a convencerla, a luchar con ella por todos los medios, si no la salía bien la primera tentativa; pero su victoria tomaba de repente un carácter que ella no había previsto. No hay duda de que había sido fácil, mas no dejaba de comprender que era sangrienta; así, en aquel momento sentía más malestar que gozo, y su actitud no expresaba el triunfo, como la de Florángel no indicaba la derrota. Mientras que aquélla permanecía con la cabeza y los ojos bajos, ésta se había levantado: coloraba su rostro una rubicundez pasajera, animaba sus facciones el esfuerzo del sacrificio y las daba un brillo desusado.

—Pienso —dijo— que no tenéis ya más qué decirme.

—No, porque... lo que quisiera decir, no puedo ni me atrevo.

Levantóse y dió algunos pasos hacia la puerta; pero se acordó de alguna cosa, porque volvió a Florángel diciéndola:

—Perdonad mi olvido; aquí tenéis vuestro brazaletes que perdisteis esta mañana, y me encargaron devolverlos.

A la vista del talismán Florángel se estremeció, desvaneciéronse sus colores ficticios volviendo a su normal palidez, y mientras que le miraba en silencio, algunas lágrimas, las únicas que durante aquella escena vertió, corrieron por sus mejillas; mas esto sólo duró un instante, pues antes que Vera pudiese adivinar lo que iba a hacer, ella abrochó al brazo de su rival la joya que ésta acababa de devolverla, diciéndola:

—Ese talismán era un presente de la princesa Catalina a la novia de su hijo, que según decía, debía darla ventura. Ya no me pertenece a mí, sino a vos, y os le entrego.—Y tendiéndola la mano, continuó:—No nos volveremos a ver más; no conservemos recuerdos a margos de nuestro conocimiento.

Vera la tomó la mano sin mirarla, pues jamás se había visto tan conmovida ni tan humillada, y hasta su agradecimiento era para su orgullo una mortificación. Pero la voz afectuosa y grave de Florángel era irresistible, y hablaba a

su corazón, mal de su grado. Entre esos dos sentimientos fluctuaba, cuando Florángel repuso:

—Tenéis razón: no soy yo quien debo esperar en este momento, porque creo que nada tenéis que perdonarme, y yo os lo perdono todo.

Y mientras que Vera permanecía inmóvil con la frente inclinada, Florángel la abrazó y la besó cariñosamente.

XII

Decía con frecuencia el marqués Adelardi que había visto en su vida tantas cosas extraordinarias, que rara vez llegaba a sorprenderle ningún acontecimiento, de cualquier clase que fuese; y sin embargo, durante el día que empezaba debía sufrir esa sorpresa dos veces en el espacio de algunas horas.

Habíase levantado tarde, como de costumbre, y se desayunaba al amor de la lumbre, cuando le entregaron un billete, cuyo primer efecto fué poner término al almuerzo apenas empezado. Después de leer entregóse a profundas reflexiones; en seguida se levantó, y paseó largo rato con agitación por la estancia; y por último se acercó a la ventana y volvió a leer las líneas siguientes:

«Mi excelente amigo:

»He cambiado de parecer, y os ruego encarecidamente que no pronunciéis mi nombre delante del conde Jorge, cuando le veáis, y sobre todo que toméis las mayores precauciones para que ignore siempre el proyecto que yo había formado, y el viaje que he hecho. Esto os será fácil, porque aquí nadie me conoce, y mañana, antes que expire el día, habré salido de Petersburgo. Ya os lo explicaré todo; más por el pronto os escribo esto que es lo más necesario, y lo más urgente que sepáis.»

Por más que leía y releía, estas eran las palabras firmadas *Florángel*, que entre sus manos tenía. El marqués estaba completamente desorientado. Nada, absolutamente nada se le ocurría que pudiera motivar este brusco cambio, cuando estaba seguro del éxito de la súplica presentada a la emperatriz, y cuando conservaba un recuerdo tan reciente de su conversa-

ción con Florángel, en la cual, no teniendo nada que ocultar, le había manifestado francamente la sinceridad y magnitud de sus sentimientos hacia Jorge. Conocía hacía tiempo su firmeza y su valor, y ni siquiera abrigó la idea de que podía retroceder ante el sacrificio. Había, pues, en esto un misterio impenetrable, y esperaba con impaciencia la hora en que podría ir a saber la explicación que le prometían; mas antes debía acudir a su cita con Jorge. ¡Pobre Jorge! Ahora le compadecía nuevamente después de preguntarse la víspera si era digno del consuelo que le traían; le parecía ahora que no podría vivir, y que una nueva y más espantosa sentencia caía sobre su amigo. Ya se disponía a salir para la fortaleza a cumplir más tristemente que nunca el penoso deber de su impotente amistad, cuando le trajeron otra carta, y a su aspecto dió un salto, examinó atentamente el sobre, la letra, el sello, el perfume que exhalaba: todo le sorprendía, y no era extraño verle, como suele suceder, darla vueltas y perderse en conjeturas por estos signos exteriores sin buscar la explicación de todo abriéndola. El lector lo adivinará cuando sepa que el marqués Adelardi había reconocido en aquel sobre la letra de su amigo; primero, porque mientras había estado preso no se le permitió escribir, y además, porque aquel papel, aquel sello blasonado, aquel perfume pertenecían a otra época, y ninguna de aquellas elegancias pasadas le habían sido concedidas seguramente en la prisión. El solo aspecto exterior de aquella carta tenía algo inexplicable, y cuando al fin la abrió para descifrar el enigma, encontró lo que sigue:

«Queridísimo amigo:

¿Habéis adivinado el contenido de esta carta sólo con verla? En el caso contrario, sabed que estoy libre, o al menos lo estaré mañana; pero entretanto ya he dejado la horrible celda donde me visteis ayer, y gracias a la atención del gobernador de la fortaleza, estoy instalado en su propia estancia, y rodeado de todos los deliciosos accesorios de la vida civilizada, de los cuales me creía ya separado para siempre, accesorios que son para mí la aurora del bello día que va a amanecer. Sí, Adelardi: ¡libre! Libre por gracia del empe-

rador, a quien juro sinceramente no volver a conspirar en mi vida: libre con dos condiciones: una, irme a vivir durante cuatro años a mis dominios de Livonia; otra... adivinadla... no es más rigurosa que la primera... volver a mis primeros amores con aquella a quien debo esta gracia; en una palabra, acabar por el principio siendo esposo de Vera de Liningen. ¿Qué os parece? ¿No es un desenlace capaz de figurar en una novela? ¿Os acordáis que un día me lo predijisteis? *Renunciáis a la locura que os tienta, y cumpliréis la palabra que tenéis empeñada.* ¡Qué lejos estaba de creerlo entonces! En cuanto a ahora, quizá sea una ventura que aquella linda sirena esté a setecientas leguas de mí, porque no sé lo que haría si me encontrara otra vez bajo la fascinación de aquella mirada que me hacía perder la cabeza, mientras que en la actualidad puedo entregarme completamente a la dicha que me espera. Vera me ama; es también bella a su modo, y sobre todo posee un encanto que para mí eclipsa a todos los demás: tiene los bellos ojos de *la libertad* que la debo: así, no pienso en rehusarla esta mano que quiere aceptar, ni este corazón un poco gastado; pero lleno hoy de bastante reconocimiento para parecerse al amor que ella tiene derecho a esperar. Hasta la vista, Adelardi: venid cuando queráis; ya no estoy preso, aunque me he obligado a no salir de aquí sino para ir a la capilla imperial, donde me esperará la que en seguida debe partir conmigo para el *triste destierro* a que estamos condenados »

Difícil sería describir el estado en que la lectura de esta carta, tan inmediata a la otra, dejó al que iban ambas dirigidas. Imposible le fuera a él mismo decir si estaba contento o triste, indignado o enternecido, consolado o abrumado por cuanto acababa de saber a la vez, y aunque imperfectamente orientado sobre algunas circunstancias que deseaba conocer, empezaba no obstante a comprender que de un modo o de otro Florángel había tenido conocimiento de la gracia concedida a Jorge antes que él, como también de las condiciones que la acompañaban, lo cual explicaba sencillamente su billete; pero cuya conducta pareció al marqués tan generosa, tan grande, tan sublime, que todo su interés recayó con una especie de pasión en la bella y noble joven, cuya carta abierta delante

LA HEROÍNA DE CASTELLFORT
EPISODIO CARLISTA

Historia completa de esta brava mujer, que en la pasada guerra empuñó las armas.

a 1'50 pesetas ejemplar

FOLLETOS DE PROPAGANDA REQUETENÓFILA

a 2'50 ptas. el 100

VAN PUBLICADOS:

N.º 1.—Esbozo del Programa Tradicionalista

N.º 2.—¿Por qué nos llamamos legitimistas?

CANTOS A LA TRADICIÓN

Tomo de poesías carlistas

1 peseta ejemplar

EL AÑO JAIMISTA

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1913

UNA PESETA

Consta de 164 páginas con varias láminas y cubiertas en tricromía, con más de 130 grabados y abundante y escogido texto

LOS CRÍMENES DEL LIBERALISMO

POR

JUAN M.^A ROMA

Libro de 128 páginas con cubiertas en colores que acaba de ponerse a la venta en todas las librerías de España

UNA PESETA

Añadiendo a su importe 0'30 ptas. se manda certificado

SELLOS DE DON JAIME

Hay en 4 colores

1 pta. 100 - 8 ptas. 1000

MEDALLAS DE DON JAIME

En aluminium.	0'25 ptas.
En bronce dorado.	2'— »
En plata.	7'— »

La República Española en 191...

MEMORIAS DE MUÑOZ VILLENA

por Domingo Cirici Ventalló

DOS Ptas. cada ejemplar

Adjuntando a su importe 0'35 ptas. se manda certificado.

De venta en nuestra Administración

PAÑUELOS DE SEDA

CON EL RETRATO DE

DON JAIME DE BORBÓN

CON DOBLADILLO CALADO Y LA BANDERA ESPAÑOLA

Uno, 1'25 ptas. : 12 2ptas. docena

DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACIÓN